



HUGO ALFARO

DIBUJO DE LILY SALVÓ

## los niños se miran

★ ★ **EL ÚLTIMO VERANO** (The Last Summer, Estados Unidos 1969, Ariel, sábado 13) Para el joven cine norteamericano la perspectiva es estimulante, gozosa. Está casi todo por hacer y él parece dispuesto a hacerlo todo. Pero ya no se trata de los esfuerzos hercúleos de una industria pesada, dócil a la creencia de que inventar el mundo es inventarlo físicamente, piedra sobre piedra; eso es lo que el viento se llevó, el viento de los tiempos nuevos que entró a soplar lindo desde el cuadrante de Berkeley y del Poder Negro, y está cuestionando uno por uno y ojo por ojo todos los valores de la sociedad norteamericana. No. Ahora se trata de una tarea liviana, sutil y penetrante, que la artillería gruesa echaría a perder. Inventar el mundo es tratar de comprenderlo, es iluminar por dentro la realidad, lo contrario de lo que Hollywood patentó durante medio siglo como su receta milagrosa. Pasó la hora de los paquebotos, los paguidermos y los gladiadores; pasó la hora de los grandes studios como empresas constructoras para viajes de arena gruesa. Poetas, francotiradores, revolucionarios, se necesitan. El mundo es una fiesta, pero sólo para los que aman la verdad.

Aquí ya comparecen dos: Frank Perry, director, y su mujer Eleanor, libretista. Se definen, primero, negativamente: son enemigos jurados del convencionalismo, de los gastados clichés y del sistema. Después, levantan su propia tabla de valores. En *El nadador*, Burt Lancaster recorre desnudado, lírica, insensatamente las piscinas de sus amigos ricos —y a través de ellas, los diversos estratos de la sociedad norteamericana de la abundancia— hasta llegar exhausto a una puerta obstinadamente cerrada, ante la que golpea desfalleciente mientras lo azota la lluvia, una lluvia total, de esas en las que el mundo entero parece llorar a mares.

En *El último verano*, en cambio, reverbera un sol calcinante y la historia es otra. Pero hay también, de entrada, una definición negativa: el escenario es una playa desierta, el mundo está como en retiro, no se ven más objetos que los frugales de uso en un balneario, toallas, alguna cesta, radio portátil, refrescos. También el mundo de los adultos está ausente, como borrado de la faz de la tierra: hay mensajes suyos, hay noticias (deplorables) sobre su existencia, por momentos algunos se acercan a la pantalla pero como intrusos, para desaparecer sigilosos. Sobre esa superficie minuciosamente desmantelada, quedan sólo dos, tres, cuatro jóvenes (Barbara Hershey, Richard Thomas, Bruce Davidson y Cathy Burns, espléndidos de espontaneidad y convicción), operando sus ocios marinos, sus juegos prohibidos, su secreto mundo de cuchicheos y sus primeras maniobras eróticas.

El horizonte, cielo, playa y mar, es inmenso, pero los adolescentes de la película (primero una chica que trata de auxiliar a una gaviota moribunda, luego dos amigos que se acercan —a la gaviota, a la chica—, colaboran y salvan al animal herido, y por fin otra jovencueta que se integra al grupo y actúa como agente catalizador), los cuatro adolescentes de la historia viven su aventura como a puertas cerradas, en un relevamiento introspectivo de sentimientos y tendencias que arroja una sombra interior sobre el vasto, luminoso espacio abierto.

Seguros del hermetismo y la inviolabilidad por los mayores del coto privado de su relación, los muchachos viven libremente las ceremonias del verano, afilan con divertida torpeza sus uñas para la primera experiencia sexual que ronda entre el yodo y el salitre, prometedor y temible a la vez; e infligen, alternativamente, al ave cautiva, su piedad y ese don natural de ser crueles que en los niños corona lujosamente todo acto de posesión. Al pasar, van demoliendo —con risotadas que son mordiscos de sus dientes sanos y fuertes— el mundo sucio e hipócrita de sus padres. Y sin proponérselo, hacen flamear al viento quemante del verano una bandera de arisca inocencia, que de alguna manera golpea en pleno rostro a cada espectador recordándole su complicidad con la hipocresía.

Entonces llega Rhoda. Pecosa, regordeta, piel

desagradablemente blanca, horrible traje de baño lleno de voladitos y de respeto a la moral, y una dentadura castigada sin misericordia por puentes y demás obras de ingeniería civil. Un caso. Muerta la gaviota, Rhoda pasa a ser para los otros el nuevo objeto de experimentación. Lo sabe, y no puede evitar el magnetismo de ese vínculo, entre desdenoso, paternalista y humillante. Pero más allá de la crueldad latente de sus compañeros, Rhoda representa para éstos el mundo de los mayores, los valores consagrados, la naftalina de una moral gastada (no tomar cerveza, no saber nadar, no usar bikini, prohibirse el engaño, la burla y el sentido del humor). No advierten —no pueden advertir, en su acelerado descubrimiento del mundo— la riqueza interior de la muchacha, su hambre de afecto, su dolorosa sensación de sentirse aislada, que la inhibe y la aísla más. Canjeada su timidez por el desparpajo de los otros (al fin de cuentas, una forma de la inseguridad), no es tanta la diferencia que los separa. Vistos en una amplia perspectiva, los cuatro adolescentes son de una misma raza: los puros, los marginados, los que deben descubrir solos cada cosa y todas las cosas. Piezas solidarias de un naufragio familiar que alude —entre líneas, pero vigorosamente— al naufragio

más generalizado de toda una sociedad.

El ataque brutal y la violación con que *El último verano* culmina —feroz como es—, tiene el valor reparador de un exorcismo: es el odioso mundo de los mayores el que sufre, el que debe sufrir, en Rhoda, la violación y el ultraje (aunque es improbable que ni la víctima ni los victimarios lo entiendan así).

En la última toma, la cámara se eleva en una vasta panorámica, y los muchachos, perdidos en la solitaria inmensidad, son un comentario lacónico, inquietante y sombrío sobre sí mismos.

No me cuesta admitir que la película —original, valiente y visualmente noble— no siempre está a la altura de sus propósitos; y que un par de severas tijeras y una mayor sutileza podrían haberla mejorado, sobre todo en la segunda mitad. ¡Pero qué lujo, así y todo, para el cine americano! La mirada adulta y sensible que los Perry dirigen aquí al mundo interior de los infante-juveniles, es un pago a cuenta de lo mucho que a éstos les debe Hollywood, desde los bieneducados rulitos en tirabuzón de Shirley Temple. Ahora que los muchachos son egoístas y puros, feos y hermosos, inocentes y crueles, ahora los reconozco como seres humanos y hasta podría decirles: hijos míos...